

apóstoles en su alegría y en su adoración.—Rogar á Jesucristo que produzca en nosotros por medio de la Comunión los mismos efectos que produjo en los Apóstoles su aparición.

*Domine Jesu, rogo te humiliter, ut, sicut post gloriosam resurrectionem tuam discipulis dixisti: Ego sum, nolite timere, sic etiam animam meam clementer respicias, eamque consolari digneris iisdem verbis tuis. Præsertim in hora mortis meæ dic animæ meæ: Salus tua ego sum, noli timere de iniquitatibus tuis, quia ego sum advocatus reorum; noli timere a corruptione, quia ego sum resurrectio; noli timere a morte, quia ego sum vita, noli timere ab inferno, quia ego sum merces tua magna nimis (1).*

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas.*— Todo el Colegio apostólico reunido: sólo Tomás falta. Los rostros de los Apóstoles indican inquietud. ¡Qué alegría tendrían si tuvieran fe más viva!—Los dos discípulos de Emaús entran de repente y cuentan con animación lo que les acaba de suceder. Jesucristo aparece improvisamente en medio de la asamblea. ¡Qué afabilidad y majestad revela su exterior!

PUNTO SEGUNDO Y TERCERO.—*Considerar las acciones y escuchar las palabras.*—Jesús aparece «La paz sea con vosotros; no temáis.» Los Apóstoles se imaginan que es un fantasma. Es necesario que el Salvador vuelva á tranquilizarlos. El come en su presencia y les hace observar que un fantasma no tiene ni carne ni huesos. Los invita á que toquen sus llagas y al mismo tiempo les da la inteligencia de las Escrituras. Les reprocha por su poca fe.—Pero tanto en su vida mortal como en su vida gloriosa tiene siempre la misma afabilidad y dulzura. Aprendamos el modo de cumplir con el deber de la corrección fraterna: aprendamos de los apóstoles á servirnos de nuestras faltas para acrecentar en nosotros la humildad.

(1) Ludovic. Blosius.

#### MEDITACIÓN LVI

*Resurrección de los muertos: Et expecto resurrectionem mortuorum.*

I. El buen Sacerdote espera con toda confianza la resurrección gloriosa.

II. Se esfuerza en llenar las condiciones debidas para obtenerla.

#### PUNTO I

*El buen Sacerdote espera con toda confianza la resurrección de los bienaventurados*

El ve la prenda segura de su resurrección en la Resurrección de Jesucristo, puesto que ésta contiene al mismo tiempo el principio, el motivo y el modelo de nuestra resurrección; el principio por el cual el Hombre-Dios resucitado puede resucitarnos á nosotros; el motivo que le determina á resucitarnos, y el modelo según el cual nos resucitará.

1.º Principio de nuestra resurrección en la de Jesucristo. El resucitó por sí mismo, como por sí mismo se había entregado á la muerte. El no necesitó la ayuda de nadie: su salida de la tumba fué un acto de su soberano poder: luego El podrá hacer en otros lo que hizo en su Persona. Es mayor milagro que un Hombre-Dios muerto se resucite á sí mismo, que un Hombre-Dios vivo resucite á los demás. Luego El puede resucitarnos; y lo quiere.

2.º La Resurrección del Hijo de Dios es el motivo de nuestra resurrección. Nosotros estamos unidos á El con tantos lazos sagrados, que nuestra resurrección es consecuencia necesaria de la suya. El simple hecho de haber salido El de la tumba no es suficiente para El ni para nosotros: nuestra resurrección ha de completar la suya. Si nosotros no le



acompañáramos en su triunfo, no tendrían complemento sus designios: porque así como su gloria es el principio de nuestra felicidad, de la misma manera nuestra felicidad contribuye á su gloria. El es cabeza, y nosotros miembros: y claro está que estos han de participar de la condición de aquella. *Quo enim præcessit gloria capitis eo vocatur et spes corporis* (1). Si El, en calidad de cabeza, quiere que sus miembros obren como El, y que sufran, vivan y mueran como El, también querrá que resuciten como El. ¿No es justo acaso, que si tomamos parte en sus trabajos la tomemos también en su recompensa? — El es nuestro Salvador, y su Redención es abundante. Pero para que lo sea es preciso que nosotros volvamos á recobrar por El todo lo que habíamos perdido por causa de Adán; tanto la vida del cuerpo como la del alma, y si nosotros no resucitáramos no se podría decir que El ha salvado á todo el hombre. El es nuestra vida: el espíritu que le resucitó está en nosotros. Tal es el maravilloso efecto de la Comunión: ya nosotros no somos los que vivimos, es Jesucristo quien vive en nosotros: *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus* (2). Y aquí pregunta un santo Doctor: ¿cómo es posible que haya hombres de tan corta inteligencia, que nieguen la resurrección de unos cuerpos que tantas veces se alimentaron con la Carne de un Dios, que es fuente de toda inmortalidad? *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam; et ego resuscitabo eum in novissimo die* (3). ¿Podía Nuestro Señor prometer-nos la resurrección de un modo más formal?

No, Señor; nunca permitiréis que estos santuarios consagrados tantas veces mediante vuestra divina presencia queden para siempre reducidos á la corrupción de la tumba. Demasiado triunfaría la muerte; y poco le importaría á ella vuestra resurrección que la venció, si pudiera extender su dominio

- (1) S. Leo, Serm. 1 de Ascens.
- (2) Gal., II, 20.
- (3) Joan., VI, 55.

sobre vuestros representantes, sobre los que participan tan vivamente de vuestros Sacramentos. *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem* (1). Fundado en esto exclama San Pablo: *Si resurrectio mortuorum non est, neque Christus resurrexit* (2).

3.º La Resurrección de Jesucristo es modelo de la nuestra. Representémonos en la mente todo lo que hay de más bello, de más grande en este triunfo del Salvador. Consideremos esa Humanidad glorificada; ese Cuerpo que, siendo tal, vive sin embargo á la manera de los espíritus, adornado de las cualidades de ellos; y luego digámonos á nosotros mismos: Si yo quiero, seré así por toda la eternidad. Cuando Jesús venga á sacar del polvo de la tumba á nuestro cuerpo El lo hará semejante á su Cuerpo resucitado: *Reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ* (3). Ahora este cuerpo está sujeto á mil males, á la muerte, á la corrupción: esta carne es ahora pobre y despreciable. Pero entonces mi cuerpo y mi carne tendrán la misma incorruptibilidad que el Cuerpo de Jesucristo; su misma impasibilidad, sutileza y claridad. *Seminatur in corruptione, surget in incorruptione; seminatur in ignobilitate, surget in gloria; seminatur in infirmitate, surget in virtute; seminatur corpus animale, surget corpus spiritale* (4).

Sin embargo, esta admirable transformación sucederá tan sólo en los amigos de Dios; hé aquí un grande y terrible misterio! *Ecce mysterium vobis dico: omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur*. La resurrección, dulce esperanza para los buenos, es objeto de terror para los malos. Los primeros resucitarán para vivir eternamente: *Procedent qui bona fecerunt in resurrectionem vitæ*; los otros saldrán de una tumba para ser arrojados en otra mucho más terrible; á la tumba de tierra sucederá la tumba de

- (1) Ps. XV, 10.
- (2) I Cor., XV, 13.
- (3) Philipp., III, 21.
- (4) I. Cor., XV, 42.



fuego; y un fuego que nunca se apagará: *Qui vero mala egerunt, in resurrectionem judicii* (1). ¡Oh Señor! ¡Cuán ciegos son los que, llevando una vida tibia, estéril de toda obra buena, tal vez una vida de pecados, se linsojean sin embargo de llegar á esa gloriosa resurrección que ha de ser la recompensa de vuestros siervos buenos y fieles! *Quapropter, fratres, magis satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatís* (2).

## PUNTO II

**El Sacerdote bueno se esfuerza en cumplir las condiciones necesarias para la Resurrección**

Escuchemos lo que dice San Pablo: *Si commortui sumus, et convivemus. Si sustinebimus, et conregnabimus* (3).—*Cohæredes autem Christi: si tamen compatimur, ut et conglorificemur* (4).—*Si complantati facti sumus similitudini mortis ejus, simul et resurrectionis erimus* (5). Todos nuestros derechos á la resurrección de los justos están fundados sobre nuestra unión con Jesucristo llamado por San Pablo *primogenitus ex mortuis*. El es nuestro Rey: combatamos con El y también con El reinaremos: *et conregnabimus*. Jesús es nuestro hermano; dividiremos su herencia, *cohæredes Christi*; mas para ello es preciso que dividamos también sus padecimientos, *si tamen compatimur*. Si nuestro jefe ha sido humilde, obediente hasta morir en una Cruz, no podremos nosotros participar de su corona, sin hacer, como El, el sacrificio de nuestro amor propio, de nuestra libertad, de nuestra vida misma. Si nos parecemos ahora á Jesucristo inmola-do, nos pareceremos también más tarde á Jesucristo

- (1) Joan., V, 29
- (2) II Petr., I, 10.
- (3) II Tim., II, 11, 12.
- (4) Rom., VIII, 17.
- (5) Rom., VI, 5.

resucitado. Para salir de la tumba como El, hay que entrar en ella con heridas. Entremos siquiera con un cuerpo mortificado y debilitado por sus trabajos de celo apostólico. Además la Sagrada Eucaristía es para nosotros una prenda de la gloria eterna: *Futurae gloriae nobis pignus datur*. Honremos este Santo Misterio; recibamos con amor este Pan vivo y glorificador. Nosotros seremos resucitados por el espíritu de Dios, porque este mismo Espíritu habitará en nosotros: *Spiritus ejus, qui suscitavit Jesum a mortuis, habitat in vobis..., vivificabit et mortalia corpora vestra propter inhabitantem Spiritum ejus in vobis* (1). Vivamos, pues, como Jesús de la vida de este Espíritu Divino; y seamos siempre dóciles á sus inspiraciones.

Tales son las bases inquebrantables sobre que se apoya nuestra resurrección. Pensad en vosotros, y formulad una resolución generosa. Como preparación para la Sagrada Mesa dirigiréis á nuestro Salvador la siguiente oración de San Anselmo: *Fac me, Domine Jesu, ita hæc mysteria ore et corde percipere, atque fide et affectu sentire, ut per eorum virtutem sic merear complantari similitudini mortis et resurrectionis tuæ per veteris hominis mortificationem et novitatem sanctæ vitæ..., ut maneam in te et tu in me; quatenus in resurrectione reformes corpus humilitatis meæ, configuratum corpori claritatis tuæ, et in te in æternum gaudeam de gloria tua. Qui cum Patre et Spiritu sancto vivis et regnas in sæcula sæculorum* (2).

## RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El buen Sacerdote espera con toda confianza la resurrección gloriosa.*—La Resurrección de Jesucristo es prueba de que El puede y quiere resucitarnos. Mayor milagro es que un Hombre-Dios muerto se resucite á sí mismo, que

- (1) Rom., VIII, 11.
- (2) Orat., 34.



un Hombre-Dios vivo resucite á los demás muertos.—Quiere: tan unidos estamos nosotros con Él, que su Resurrección pide necesariamente la nuestra. Él es cabeza; nosotros, miembros; luego debemos seguirle.—Es nuestro Salvador: no lo sería en manera suficiente si no recobráramos en Él todo lo perdido en Adán: la vida del cuerpo y la del alma. Nos alimenta con su Carne resucitada: nuestros cuerpos son verdaderos santuarios: ¿Podrá Él permitir que se reduzcan para siempre á la corrupción del sepulcro? ¿Acaso no dijo: *El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre vivirá eternamente y Yo le resucitaré en el último día?*—Su Resurrección es el modelo de la nuestra. Pensemos sin embargo que hay dos clases de resurrección, una espantosa y otra infinitamente bienaventurada. Bendigamos á Dios y demosle gracias por habernos puesto en un estado, en el que tan fácil es evitar la primera de esas resurrecciones y alcanzar la segunda.

PUNTO SEGUNDO.—*El Sacerdote bueno se esfuerza en llenar las condiciones necesarias para la resurrección gloriosa.*—«Si morimos con Jesucristo, dijo San Pablo, viviremos con Él».—Es nuestro Rey: combatamos con Él y con Él reinaremos.—Es nuestro hermano: dividiremos su herencia si tomamos parte en su pobreza y en sus dolores. Entremos en la tumba del mismo modo que Él entró; y de la misma manera que Él salió saldremos también nosotros. Él llevó al sepulcro llagas y heridas; nosotros llevemos siquiera á él un cuerpo penitente.

## MEDITACIÓN LVII

*Dogma de la Resurrección.—Dos motivos que tienen los Sacerdotes para predicar con celo este dogma*

- I. El gran cuidado que Dios puso en revelarlo.
- II. Los frutos de salvación que deben sacarse.

### PUNTO I

**El cuidado particular que Dios puso en la revelación de este dogma debe inspirar á los Sacerdotes un gran celo en predicarlo**

Inmediatamente después de la caída de nuestros primeros padres, Dios comunicó á los hombres el

dogma de la resurrección. Por la voz de los patriarcas y de los profetas este dogma pasa de siglo en siglo: no basta; es sellado con la sangre de mártires aún antes de la venida del Mesías: es inculcado y profesado mucho más claramente en la nueva alianza: toda la naturaleza con su lenguaje figurado nos habla de él: es pues evidente que Dios quiere inculcar este dogma en modo muy particular.

Apenas había sido pronunciada la sentencia contra Adán, ya Dios consolaba á nuestro primer padre con la promesa de la Redención: promesa que evidentemente comprendía en sí también la de la Resurrección: *Sicut in Adam omnes moriuntur, ita et in Christo omnes vivificabuntur* (1). El primer hombre así lo comprendió; por esto llamó Eva á su compañera; es decir, madre de todos los vivientes: vislumbando ya á aquella Madre maravillosa, cuyo Hijo es la resurrección y la vida.

El transmitió su fe á la posteridad; y nosotros la encontramos en los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob: este último la profesa muy claramente poco antes de morir: *Salutare tuum expectabo, Domine* (2). Con esta esperanza bajaba resignado á la tumba.

Encontramos la misma fe en todos los profetas. Isaías consuela al pueblo fiel diciéndole: «Vuestros muertos recobrarán la vida. ¡Vosotros que dormís en los sepulcros, despertaos! ¡Entonad cánticos de alabanzas los que estáis sepultados en el polvo! Porque hé aquí que el poder del Señor penetrará hasta el seno de la tierra como el calor del sol: El fecundará vuestras cenizas como un dulce rocío» (3).—Daniel habla de la suerte diferente que tendrán los buenos y los malos: *Evigilabunt, alii in vitam æternam et alii in opprobrium, ut videant semper* (4). ¿Habrá algo más majestuoso y conmovedor que la visión de Ezequiel? Después de describirla, el Profeta aña-

(1) I Cor., XV, 22.

(2) Gen., XLIX, 18.

(3) Is., XXVI, 19.

(4) XII, 2.



de: *Hæc dicit Dominus Deus: Ecce ego aperiã tumulos vestros, et educam vos de sepulchris vestris...; et scietis quia ego Dominus, cum aperuero sepulchra vestra...* (1). Es esta misma fe que endulza los dolores de Job: *Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum: et rursus circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum* (2).

De esta firme creencia sacaban los Macabeos su constancia heroica. Uno de ellos dice al verdugo presentándole sus miembros: *Propter Dei leges nunc hæc ipsa despicio, quoniam ab ipso me ea recepturum spero*; y otro de ellos: *Potius est ab hominibus morti datos spem expectare a Deo, iterum ab ipso resuscitandos* (3).

Pero en el Nuevo Testamento esta creencia resplandece en modo verdaderamente maravilloso. Jesucristo apela á todos los medios para grabarla profundamente en los corazones. Y no sólo la enseña; sino que la hace sensible mediante las resurrecciones que El obra. Empieza con la hija de Jairo á la cual resucita un momento después de haber dado ella el último suspiro. Viene á continuación el hijo de la viuda de Naím, á quien ya llevaban á enterrar. Más tarde resucita á Lázaro después de cuatro días de su muerte. Y por último resucita El mismo.

Dios hace más todavía. Para que nunca se borre de nuestra memoria un dogma tan consolador, quiere que toda la naturaleza nos ofrezca la imagen de él. Y así el cambio de las estaciones, la sucesión del día y de la noche, las muchas transformaciones que observamos en el orden natural, todo sirve para figurar nuestra gloriosa resurrección. Todo está muerto durante el invierno: al llegar la primavera todo resucita. Se entierra un grano de semilla, como el cuerpo se pone en la tumba: este grano empieza por descomponerse, lo mismo que el cuerpo; pero se descompone para renacer; y en lugar de un grano el la-

(1) XXXVII, 12, 13.

(2) Job, XIX, 25, 26.

(3) II Mach., VII, 11, 14.

brador recogerá treinta ó cuarenta. Nada es lo que la muerte quita al justo, si se compara con lo mucho más que la resurrección le devuelve.

Esta verdad es un gran remedio contra las pasiones, y da alientos para practicar la virtud: por eso Dios desea verla profundamente grabada en nuestros corazones. Pero para eso no basta conocer el dogma de la resurrección; es necesario pensar á menudo en él. Por tanto es una obligación imprescindible para los Sacerdotes predicarlo con frecuencia al pueblo.

## PUNTO II

### Frutos que este dogma debe producir

Hé aquí los principales: \*desprecio de la muerte corporal; amor á la mortificación que nos prepara para la inmortalidad; amor verdadero y respeto á nuestro cuerpo por causa de su noble destino.

La muerte nada es para el que espera la resurrección. Más bien que pérdida de la vida, la muerte es un sueño: tal es el nombre que le dan las Sagradas Escrituras: «Hermanos míos, dice San Pablo; quiero que sepáis la verdad tocante á los que duermen; para que no os dejéis abatir por la tristeza, como hacen los que no teniendo nuestra fe tampoco pueden tener nuestra esperanza» (1). Tan sólo los insensatos creen que los justos mueren: no, no mueren; saliendo de esta vida ellos van al descanso: *Visi sunt oculis insipientium mori...; illi autem sunt in pace* (2). Cuando esta esperanza está bien arraigada en los corazones, ya no es posible afligirse á la vista de la muerte.

Cuando la fe en la resurrección está profundamente grabada en un alma, no sólo le hace despreciar la

(1) *Nolumus vos ignorare, fratres, de dormientibus, ut non contristemini sicut et ceteri qui spem non habent.* (I Thess., IV, 12.)

(2) Sap., III, 2, 3.



muerte, sino que le hace desear vivamente morir á sí misma mediante la mortificación; esa muerte mística que nos libra de la esclavitud de los sentidos para ponernos bajo la ley de la gracia. El deber de la mortificación es general para todos los que pertenecen á Jesucristo: *Qui sunt Christi carnem suam crucifixerunt* (1). Todo cristiano es una hostia viva; y todos los días debe inmolarse y clavar sus pasiones en la cruz.

Pero esta obligación es mucho más estrecha para el Sacerdote, puesto que él debe ser una imagen mucho más perfecta de Jesús crucificado. Por muy penosa que pueda ser para la naturaleza humana la necesidad de la mortificación, se hace amable y dulce mediante el pensamiento de la resurrección gloriosa: *Propter hoc lætatum est cor meum, et exultavit lingua mea: insuper et caro mea requiescet in spe* (2). Por causa de la promesa que Dios me ha hecho de sacar mi cuerpo de la tumba para darle parte de su gloria siempre que yo sea fiel, *propter hoc*, yo me someto al yugo de su ley de muy buen corazón; yo me renuncio á mí mismo y tomo mi cruz: más aún; yo le bendeciré y le daré gracias de que mediante ligeros sufrimientos me haga capaz de tanta felicidad, de tanta gloria. Desde ahora esta esperanza será mi reposo: *et caro mea requiescet in spe*. Un santo mártir se mostraba muy alegre mientras el verdugo iba cortándole los miembros uno á uno: preguntóse al santo el motivo de tal alegría, y contestó: yo soy la viña de Jesucristo; se tala ahora durante el invierno; pero ya llegará la primavera; el día de la resurrección, y mi carne reflorecerá (3).

Por fin, puesto que nuestro cuerpo es el instrumento de nuestras virtudes y tanta parte tiene en la eterna felicidad de nuestra alma, debemos amarlo y tratarlo con respeto. Por lo mismo el buen Sacerdo-

(1) Gal., V, 24.

(2) Ps. XV, IX.

(3) *Deus adjutor meus... In ipso speravit cor meum... et refloruit caro mea* (Ps., XXVII, 7.)

te se aflige mucho cuando ve á algunos crueles consigo mismos hasta el exceso. Tales son los que rehúsan á su cuerpo la felicidad eterna, para entregarlo á los oprobios y á los tormentos de la eterna reprobación *Heu! quanta insania*, exclama San Jerónimo, *exiguus et brevi tempore duraturis deliciis, æternas amittere delicias et cruciatus subire sempiternos!* Tened piedad de esos insensatos: predicadles sin cesar el verdadero amor á sí mismo, tal como nos lo hace entender el santo misterio que hemos meditado hoy. Recordadles el aviso de San Pablo: *Nolite errare: Deus non irridetur. Quæ enim seminaverit homo, hæc et metet. Quoniam qui seminat in carne sua, de carne et metet corruptionem; qui autem seminat in spiritu, de spiritu metet vitam æternam* (1).—Tomad para vosotros el consejo que él da á Timoteo: *Memor esto Dominum Jesum Christum resurrexisse a mortuis* (2). Este recuerdo sostiene el valor del apóstol y del pastor: este recuerdo es lo que constituye la fuerza del mártir.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El cuidado particular que Dios puso en la revelación de este dogma, es motivo de celo en nosotros para predicarlo.*—La fe en este dogma revelado á nuestros primeros padres: transmitida de siglo en siglo: sellada con sangre de mártires ya en el Antiguo Testamento: enseñada y practicada más vivamente en el Nuevo: figurada en toda la naturaleza. Adán consolado con la promesa de la resurrección; Abraham, Isaac, Jacob.—Profetas: Isaías, Ezequiel, Job.—Macabeos.—Resurrecciones obradas por Jesucristo.—La naturaleza nos ofrece la imagen de la resurrección: por tanto, obligación de insistir sobre este punto en la predicación.

PUNTO SEGUNDO.—*Frutos que debe producir este dogma.*—Despreciar la muerte corporal; amar la muerte mística de la

(1) Gal., VI, 7, 8.

(2) II Tim., II, 8.



mortificación: amar y respetar santamente nuestro cuerpo. Para el que espera la resurrección, la muerte no es más que un sueño (1). Esta creencia nos hace amar la mortificación: *Propter hoc letatum est cor meum*. Nuestros cuerpos son dignos de respeto: pero ¡ay! son poco respetados.

### MEDITACIÓN LVIII

DOMINGO DE QUASIMODO.—*El buen Sacerdote ministro de paz*

- I. El la pide para la Iglesia.
- II. Se la procura á sus hermanos.
- III. La conserva y perfecciona en sí mismo.

#### PUNTO I

*El buen Sacerdote pide á Dios la paz para la Iglesia y en nombre de Ella*

Puesto que nosotros hemos sido escogidos para ser intérpretes de la Iglesia para con Dios, ésta nos manifiesta sus deseos: y en la oración pública que Ella nos impone quiere que el principal objeto de ella sea el de alcanzar la paz. Sus hijos provocan la cólera de Dios con los pecados de que se hacen reos: y Ella quiere que sus ministros se esfuercen en aplacarle ofreciéndole continuamente el sacrificio de alabanza y de propiciación. Ella quiere sobre todo que los ministros de Dios en el altar hagan uso del crédito inmenso que les da la Sangre de Jesucristo para atraer sobre la tierra todas las bendiciones de la paz.

Este es el primer fruto que Ella espera obtener por el devoto sacrificio: *In primis quæ tibi offerimus pro Ecclesia tua..., quam pacificare... digneris toto orbe*

(1) I Thess., IV, 12.—Sap., III, 2.—Job, XIX, 27.

*terrarum*. Cuando se acerca la consagración Ella nos manda extender las manos sobre las oblatas, como para tomar posesión de Jesucristo y todos sus méritos en nombre suyo. ¿Y cuál es la oración que Ella nos sugiere en aquel instante solemne en que Jesucristo va á obedecer á nuestra voz? *Ut placatus accipias*: Aplacaos, Señor, á la vista de vuestro Hijo inmolado: *Diesque nostros in tua pace disponas*: Poned nuestros días bajo el dulce imperio de la paz: con esto nos preservaréis de la condenación eterna y nos colocaréis en el número de los escogidos: *Atque ab æterna damnatione nos eripi, et in electorum tuorum jubeas grege numerari*. Pero ya ha bajado Jesucristo al altar; y nosotros presentamos á Dios esta Víctima tan agradable, pidiendo en consideración de ella la paz: *Da propitius pacem in diebus nostris*: más tarde levantamos la voz para rezar la hermosa oración dominical, signo de paz y de reconciliación entre el Padre y los hijos; y le rogamos que la paz esté siempre con nosotros: *Pax Domini sit semper vobiscum*. Acercándose ya el término del Santo Sacrificio, nos golpeamos el pecho y rogamos al Cordero de Dios que tenga piedad de nosotros y nos conceda la paz: *Miserere nobis..... Dona nobis pacem*. Por último le recordamos á Jesucristo las palabras que dijo á los Apóstoles en víspera de su muerte: «La paz os dejo y la paz os doy,» y le rogamos que, no sólo nos deje la paz como á los Apóstoles; paz que ellos ya tenían porque su corazón estaba puro (1); sino que le pedimos que nos dé su paz: *pacem meam*: es decir aquella paz inalterable de que goza El mismo y concede á los escogidos: paz que es según su voluntad, *secundum voluntatem tuam*; y su voluntad no es más que reunirnos á todos en el seno de su Padre. Preguntemos á nuestra conciencia si nosotros consolamos á la Iglesia con el fervor de nuestras oraciones, de las cuales Ella espera su triunfo y la salvación de sus hijos.

(1) Joan., XIII, 10.